

Lectura bíblica: Salmo 25:4-9

Muéstrame tus caminos, Dios mío, enséñame tus sendas.
Guíame en tu verdad, enséñame, que tú eres el Dios de mi salvación.
En ti estoy esperando todo el día.
Acuérdate de tu ternura, y de tu amor, que son de siempre.
De los pecados de mi juventud no te acuerdes,
pero según tu amor, acuérdate de mí. Por tu bondad, Señor.
Bueno y recto es Dios; por eso muestra a los pecadores el camino;
conduce en la justicia a los humildes, y a los pobres enseña su sendero.

Declaración Universal de los Derechos humanos:

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión. (Art. 19)

Comentario:

Me imagino a María orando a Dios con este mismo salmo 25, pidiéndole que le muestre sus caminos y tenga misericordia de sus faltas; pidiéndole que hiciese presente su misericordia, su amor y su ternura. Ella, María la orante, la que recibió la visita del ángel para contarle los planes de Dios sobre ella. Echando la imaginación a volar, quizá María estaba orando con este salmo cuando se vio sorprendida por la invitación del ángel a ser Madre del Mesías. Hasta aquí, todo es imaginación. Pero lo que no es imaginación es nuestra tendencia a pensar que valemos mucho menos de lo que Dios piensa que valemos. Así, cuando le pedimos, de verdad, a Dios que nos enseñe sus caminos, su respuesta siempre nos abre unos horizontes inmensos e insospechados.



Foto: Miguel Ángel Valero, cmf

